

Carlos Maggi: el Pibe

Álvaro Díaz Berenguer

Academia Nacional de Letras del Uruguay

Por mi condición casi familiar, no puedo distanciarme lo suficiente de la figura del Pibe, por lo que mis palabras van a estar teñidas de afecto entrañable. Quizás repita aquí algunos conceptos vertidos en una contratapa de *Brecha* poco tiempo después de su muerte.

Su prolífica trayectoria se expande a través de distintos aspectos: como abogado, dramaturgo, periodista, director de cine, polemista, historiador y hasta empresario. No soy el más indicado para el análisis biográfico de esta trayectoria ni tampoco para el análisis literario de su extensa obra multipremiada. Creo que lo que mejor puedo hacer es descubrirlo entre bambalinas, a través de trazos salpicados que permitan ver al hombre de carne y hueso que yo conocí y redescubrirlo en su plena vigencia, desde mi memoria y a partir de algunas lecturas.

Por donde pasó dejó sus huellas. Como director de la Biblioteca Nacional en donde llegó a traer al Uruguay una biblioteca china a través de pormenores que Alfredo Alzugarat les contará algún día. Como primer presidente de la sala de abogados del Banco Central (que ahora lleva su nombre) influyó decisivamente en el marco jurídico que lo regula, culminando con la redacción de la Carta Orgánica. Dejó sus huellas a través de los emprendimientos editoriales más importantes del país como *Capítulo Oriental* o el Club del libro de Radio Sarandí. Como historiador introduce una nueva forma de ver el entorno de Artigas. Como periodista y columnista del semanario *Marcha* o de *El País* con su producto culto interno, propulsó la cultura de nacional. Fue fugaz directivo del Sodre, donde quiso reformar el Canal 5 para convertirlo en un medio de gran alcance. Incluso fue libretista de una ópera. Como padre tiene dos hijos ejemplares: la jueza Dr.^a Ana María Maggi y el destacado pintor Marco Maggi. Marido de la escritora María Inés Silva Vila, a la que en familia le llamaban Pocha.

Cuando hace mucho tiempo tuve que presentarlo a un público de estudiantes de medicina dispuestos a escuchar una conferencia

sobre «La inteligencia y la medicina» (tema elegido por él), me sorprendí por la estela de hechos que había ido dejando a su paso, en cada una de las áreas en las que participó. Por razones de tiempo tuve que abreviar salteándome tres cuartas partes de su currículum, lo mismo que hago ahora, y me di cuenta después que eso no era el Pibe que a mí me hubiera gustado presentar; y probablemente a él tampoco. No le gustaba cuando se lo alababa, se sentía incómodo y no era una falsa molestia. No miraba para atrás. Lo hecho, hecho estaba y punto. Su mirada creativa estaba siempre pasos adelante.

Escucharlo abría el mundo y así lo sintieron los estudiantes aquel día. Se definía como «culturalista», y ese es tal vez su legado más importante. Un removedor y un impulsor de la cultura con arraigo uruguayo. Su óptica siempre era original, única, pícara, tomando como base a su paisito de «suelo puro»; un paisito que él definía como «sin interés para los piratas» o como «un buen lugar para sentarse y meditar; un lugar tranquilo donde apreciar todo lo que felizmente no tenemos».

Hablar con él abría el mundo de para en par con visiones singulares, con frecuencia con ironía, pero siempre comprometido con la cultura, no como «lujo de los neutrales» como decía Celaya, sino comprometido con las raíces sociales de nuestro país. Para el Pibe, y lo cito: «No hay metafísica, ni parte noble y alada, ni entusiasmo generoso ni espiritualidad de la cultura para quien no come; hay hambre; un hambre negra y mala consejera; un hambre que se mata o mata». Allí la crítica que él hacía a los que viven de José Enrique Rodó, opinión compartida en parte por el resto de la generación del 45, esa generación crítica, irreverente con sus mayores.

Fue visto por la izquierda como un hombre de derecha y fue visto por la derecha como un hombre de izquierda. Pero era inclasificable. Muchas veces lo tuve que defender ante los comentarios de algunos de mis amigos que decían que era un reaccionario. Lo cierto es que desconcertaba a quienes querían encasillarlo, pero si algo es claro, no era un reaccionario sino, por el contrario, alguien que provocaba reacciones.

De origen batllista, se preocupaba por los desposeídos y su falta de instrucción, así como por las asimetrías económicas de la sociedad; era sin duda un hombre políticamente comprometido con los principios artiguistas. La figura de Artigas lo apasionaba y la conocía

muy bien por haberla estudiado en profundidad desde su juventud (él mismo decía que leyó su historia por más de cincuenta años). Llegó a plantear una historia novedosa basada en la relación con los charrúas, por la que intentó explicar las formas de proceder de Artigas y afirmaba que «los eruditos se niegan a reconocerlo» porque les daba vergüenza aceptar la importancia de ese pueblo indígena en nuestra historia.

En su análisis político no tenía ningún empacho en reconocer las cosas bien hechas de uno u otro lado. Siempre optimista; nunca un comentario negativo sobre alguien. Íntimo amigo de colorados como Manuel Flores Mora y de Jorge Batlle, pero también de comunistas como Mario Arregui o de tupamaros como Mauricio Rosencof. Le importaban las personas desde las entrañas, sin importar su signo.

Sus dichos en *El Uruguay y su gente* de 1963 lo muestran con un agudo sentido de la realidad. Decía: «Aquí no se trata pues de repartir la riqueza, se trata de organizar las cosas para que a cada uno le toque la justa parte en la pobreza que se nos viene encima» o «Todos nuestros males vienen de los bienes». Su ojo crítico no perdona: al referirse a los habitantes de los cantegriles dice que «la libertad de prensa no los beneficia porque casi ninguno de ellos sabe leer» y que «la ley de ocho horas no les interesa. Ya no trabajan... No hay legislación social para los insociables». Mostraba así, irónicamente, el grado de abandono de los sectores más desposeídos de los uruguayos.

Hacia hincapié en que nuestro país no había privilegiado nunca a los hombres de la cultura ni a los científicos. Y se preguntaba: «¿Por qué, en fin, además de no tener cultura suficiente, nos negamos a elaborarla?». Tema de enorme vigencia aún hoy en día.

Nadie tan preocupado por la cultura puede ser reaccionario, sino por el contrario un revolucionario en silencio. Eso era el Pibe. No tenía empacho en reconocer errores y cambiar su posición, y decía: «Estoy redondo de tanto darme vuelta».

Era esencialmente un humanista, en tanto buscaba la formación integral de la persona para su mejor integración en la sociedad. No impulsaba la formación cultural para promover «eunucos del saber» como decía Nietzsche, sino como base para el desarrollo del país y la felicidad.

En particular afirmaba: «La facultad de pensarse con imparcialidad, objetivándose, la facultad de examinar el exterior de la intimidad diciendo sí a ciertos deseos o reprimiendo otros, es “el principio de la humanidad”». Pero, además, proyectaba esta condición humanista en el ser latinoamericano, mostrando la necesidad de los pueblos de redefinirse a partir de la creación de cultura. En su esencia era un promotor incansable del pensar aplicado.

A la salida de la dictadura proponía que «hay que dotar a la Universidad para que sea un centro de irradiación de todas las ideas» y que «hay que hacer de Canal 5 el mejor del mundo y a los canales privados hay que incentivarlos fuertemente toda vez que contribuyan a la cultura y desistan de empeorarla». Ese año fue nombrado director de Canal 5 y durante cuarenta y cinco días planeó y organizó un proyecto que, al darlo a conocer, se vio obligado a renunciar porque, según sus propias palabras, «no resultaba aceptable que el canal oficial tuviera la mejor programación posible». No hizo de este suceso un escándalo ni responsabilizó a nadie en particular. Se mantuvo en silencio. Pero quedó claro que el poder político respondía a los intereses de los medios privados de comunicación masiva.

Desde su inteligencia superior, admiraba la inteligencia por sobre todas las cosas. Lo vi resolver problemas sobre todo por su astucia. Creo que Odiseo debería haber sido parecido al Pibe. Ello no impedía que fuera ferviente hinchado de Peñarol y que su humor pudiera cambiar dependiendo de los resultados de un partido.

Le gustaban los perros, en especial los bóxer. Uno de ellos, tal vez el más querido, probablemente por su particular inteligencia canina, se llamaba Freud. Se acostaba obedientemente a la entrada de su escritorio esperando que en algún momento lo dejara pasar.

Amigo de sus amigos, cumplía sin decirlo el dicho «defender a los amigos con la razón o sin ella». Nunca un comentario negativo sobre alguien, a lo sumo alguna ironía que hacía reír a los más íntimos. Siempre encontraba la forma de destacar virtudes. No como alabanzas vacías, sino con conciencia de ese otro que merecía ser reconocido.

Se crio en la polémica juvenil y el debate literario de la generación del 45 junto a su compañera María Inés, y entre otros, junto a Maneco Flores Mora, Ángel Rama, Ida Vitale, Mario Arregui, Gladys Castelvechi, Tola Invernizzi, José Pedro Díaz y Amanda Berenguer

(mis padres). Un grupo de amigos entrañables que tuvieron algunos maestros como el poeta exiliado español José Bergamín. Cuando comienza mi memoria recuerdo visitas periódicas y encuentros muy frecuentes a los que asistía con mis ojos de niño.

Mi madre, en su libro *El río*, en un poema que por esos días dedicaba a sus amigos y a los estragos del paso del tiempo, preguntaba: «¿Seguirás Maggi, hundiendo tu ternura por entre agudos pliegues de palabras...?».

Un aspecto de su vida tal vez no tan conocido es la creación del Club del libro de Radio Sarandí a partir de los textos de un personaje desconocido, un tal Jorge, que Rubén Castillo leía en las tardes de la radio y que llamaron la atención de la audiencia cuando, en 1976, corrían los primeros años en la oscuridad de la dictadura: «Traducciones del alemán»: «Objeto: silla» y «Objeto: vaso de agua». Castillo, maestro de escuela, impulsor de la música popular y del teatro nacional, también hacía pensar y sentir, y ese desconocido, Jorge, era una herramienta formidable de su prédica en medio de tiempos oscuros. Según Castillo recibía cartas de Jorge y de una tal María Julia que le decía que conocía a Jorge y le enviaba otros textos de supuestas traducciones del alemán: «Verbo: mover y sus derivados, conmover y remover» y «Objeto: galleta marina».

La expectativa en torno a ese desconocido Jorge crecía, mientras Castillo leía textos como este: «Me quedo, trabajando porfiadamente, y permítanme que no salga a hacer una reverencia ante el respetable público [...] Tú, Castillo, dispón de mis cosas como quieras; están hechas para ser usadas y cuanto más usadas, mejor. Permíteme, eso sí, quedarme afuera».

Y en ese juego de verdad mentira, realidad y fábula, el Pibe cita a un autor inventado por él, un tal Hentze que escribe: «No te tomes en serio, pibe; no te vengas de muchacho de la película que pelea solo contra el malón de los indios. Te queda feísimo ¿o también vos trabajás para los bronces de Belloni?». Allí apareció un desliz («pibe»), para que los que le conocían pudieran haber dado con el autor hasta entonces desconocido.

Jorge era Carlos Maggi; inteligente, astuto con la picardía que le caracterizaba. Los escritos se juntaron en el primer volumen de una colección que comenzaría a partir de entonces: *El libro de Jorge*. A raíz de esa encubierta presentación en una sociedad oprimida y con

miedo por la dictadura, la llama de una vela se encendió y comenzó la historia del Club del libro de Radio Sarandí, uno de los emprendimientos editoriales más importantes de Uruguay, en el que participaban junto al Pibe el propio Rubén Castillo, María Inés Silva Vila, Amanda Berenguer y José Pedro Díaz. Mes a mes se editaban cinco mil libros, de distintos autores de la literatura universal, que ellos elegían. Se distribuían directamente a las casas de los radioescuchas. Se intercalaban concursos de cuentos, cuyos autores eran premiados con la publicación.

El diseño de las carátulas era de Marco, el hijo del Pibe, en donde predominaba el negro. El logo conformaba, entre la *c* de *club* y la *l* de *libro*, un candelabro que tenía encima una llama prendida de color naranja. En la época en que todo significaba resistencia, inmerso en el negro, aquel detalle de color era una llama de esperanza prendida en la oscuridad.

Maggi y José Pedro Díaz habían sido despedidos de sus trabajos por sus posiciones políticas, o más bien por sus oposiciones. Gracias al Club del libro vivieron varias familias, entre ellas la del Pibe y la mía, que había quedado sin sustento. Casi todos los integrantes de ambas familias participaban activamente en la empresa: Marco diseñando las carátulas, unos eligiendo los textos, traduciéndolos, mecanografiándolos, otros, repartiendo los libros a domicilio. José Pedro Díaz y Manuel Flores Silva (el hijo de Maneco) los imprimían en una imprenta que se llamaba Árbol impresores. En determinado momento se añadió una colección de pliegos de arte y poesía en la que también colaboró Juan Fló, y una serie de cuadernillos destinados a la biografía y contexto histórico de Delmira Agustini. Allí, la participación de Amanda Berenguer fue capital: contra viento y marea prosiguió con su idea de no dejar fuera a la poesía, aunque ello significara alguna pérdida económica.

Este emprendimiento editorial que se prolongó por muchos años se intercalaba con reuniones, entre ellas las de Nochebuena y Fin de Año, que se hacían en lo del Pibe. Si el trabajo estaba lleno de literatura, también las fiestas. Por ejemplo, recuerdo a José Pedro Díaz disfrazado con peluca y bastón, personificando al editor de Balzac. Difuminada en mi recuerdo tengo la imagen de José Pedro y el Pibe, ambos amasando con el torso desnudo, preparando una cena de tallarines hechos solo con huevo y harina, a la vieja usanza

de las familias italianas de las cuales ellos descendían. El Pibe llamaba a mi padre con frecuencia Pietro.

Ya desde antes, casi desde la adolescencia, este grupo de intelectuales se reunía para discutir vivamente sobre autores o sobre sus obras. Los regalos también podían estar impregnados de literatura. Cuando José Pedro estaba escribiendo su novela *Partes de naufragios*, en esas reuniones periódicas leía trozos que generaban encendidos comentarios. Creo que a partir de esas observaciones se reescribieron pedazos enteros. Pero llegó un día en que el Pibe con particular ceremonial, le regaló a José Pedro una cajita de terciopelo lila, que contenía una cadenita con una pequeña bolita de oro en un extremo: era la aprobación definitiva de su trabajo. Esa bolita era el «punto final» de la novela. Recuerdo el abrazo entre ambos. Sobre mi escritorio hoy reposa la cajita con el punto de oro.

José Pedro decía que el Pibe tenía la frente ancha con las prominencias de la paternidad de las que hablaba Balzac. Y así era. Se comportaba con todos como un gran padre, a los que protegía y ayudaba, muchas veces sin que los propios interesados se dieran cuenta de ello.

Su andar sin apuro, paso a paso, daba la impresión de un ser seguro. Un leve balanceo de su cuerpo le daba un cierto aire de agilidad felina, que conservaba aún de viejo. Los gestos elegantes de sus manos eran particulares, acordes con sus ideas. Un anillo de oro con una piedra roja en la mano izquierda, le daban a sus gestos medidos y precisos un aire aristocrático y, por momentos, de prestidigitador. La mirada franca, con ojos algo fruncidos y su brillo, revelaban la atención puesta en las ideas y eran la expresión de la consideración del interlocutor. Muy puntual, llegaba con tiempo a todos lados; en realidad cinco minutos antes.

Pero si bien era muy puntual, hablaba con desprecio de la disciplina militar que obligaba a los individuos a una serie ininterrumpida de tareas porque impedía que, en algún momento, se detuvieran a perder el tiempo para pensar.

Las misteriosas motivaciones ocultas que movían al Pibe no parecían destinadas nunca a promover su propia figura sino a jugar con la realidad, como el gato con el ratón, sometiéndola a sus deseos con particular eficacia gracias a su inteligencia y astucia. Pareciera que allí, y esto tal vez emparentado con su afán dramático, él

encontraba la felicidad como si «hiciera el amor» (tal cual lo que le hace decir a Jorge). Su personalidad construía sin ningún esfuerzo la armonía necesaria para despertar una franca confraternidad entre quienes le rodeaban. Hacer el bien y hacer el bien por el propio bien: allí su felicidad. Quizás esa fuera la razón por la cual se ordenaban armónicamente las personas en torno a su figura.

Cuando aceptó la invitación a participar en el Curso de Humanidades para estudiantes de Medicina del Hospital Pasteur, me dijo, reconociendo su importancia: «Hay que hacer gente valiosa». Centró su exposición en que ese valor no se encuentra solo en la ciencia o en la técnica, sino en el humanismo, en el desarrollo de la inteligencia. Repite de Ortega y Gasset —confiesa que lo ha copiado permanentemente— que sin cultura se es un bárbaro. Y hacia allí apuntó siempre todas sus baterías. Afirmaba Maggi en esa conferencia que nunca el ser humano había pensado hasta el siglo XVIII, que las personas eran iguales y que ello encarna el pensamiento de Artigas.

También dijo que «la generación del 45 empieza cuando termina la guerra y eso no es casualidad». «Generación opuesta a la violencia por las cosas horribles de la guerra». Maggi encuentra sus propias raíces en el nacimiento de los derechos humanos y el reconocimiento del otro como un igual. Allí los valores que quería transmitir.

Para él, la violencia surge de la falta de cultura. La convivencia en paz, por el contrario, surge de la educación de la gente, y allí está el progreso. Planteó que los gobernantes de muchos países, incluido el nuestro, están naturalmente dedicados a que la economía provoque el progreso, pero que están en deuda con la formación cultural. La cultura es «humanismo» y la literatura aporta la sensibilidad necesaria para ser moderado, porque cree en la relación humana, en el otro como un igual. Y propuso que sin cultura no hay progreso.

Fue un ser extremadamente creativo y solidario, provocativo y reflexivo, mostrando siempre otro punto de vista, poniendo el mundo al revés, con frecuencia con humor, pero siempre comprometiéndose con el congénere.

Maggi plantea que la cultura en nuestro país se ha quebrado, perdiéndose la escuela vareliana que hacía iguales al rico y al pobre, y que hoy tenemos un atraso muy importante en la educación de

los desposeídos. Y que esto repercutió en la falta de ciudadanía y en la armonía de la sociedad.

Es muy difícil exponer en pocas líneas el centro mismo de esta personalidad tan polifacética sin caer en grandilocuencias; valgan entonces estos pocos y pequeños reflejos para aportar más elementos en el análisis de su grandeza espiritual, de su nobleza y de su bondad. Sin duda fue uno de los hombres más magníficos que ha dado nuestra tierra.

Para terminar, quiero rescatar un fragmento del prólogo que escribió para las obras completas de Mario Arregui, que me alcanzó Alejandro Arregui, su hijo: «El portento literario consiste en transmitir la voluntad de coincidir que es tan escasa y llevarla al último extremo; coincidir y coincidir entre todos por el puro goce de coincidir y confraternizar».

El Pibe habla sobre la muerte en ese prólogo removedor en donde muestra su dolor por los viejos amigos muertos: «A la muerte, algo perfectamente serio, no le cae la frivolidad de actuar como actúa, sin ton ni son; a lo canalla. Y, sin embargo, ese desorden, que no concuerda con la armonía del Universo, ha de ser el único rasgo piadoso de la muerte: no adelanta su plan y así, su sorpresa resulta benevolente. No es que no mate, es que deja vivir despreocupadamente, como si nunca hubiera fin. Es buena».

Así murió el Pibe, de viejo, a los noventa años en su casa de Las Toscas, una mañana, vistiéndose para concurrir a una tertulia radial. De golpe, sin ton ni son, sin aviso.

La llama prosigue encendida. Hasta siempre, Pibe.